

Annotation

Karl May (1842-1912) es uno de los autores más leídos en Alemania. Sus novelas de aventuras, destinadas a un público juvenil, vienen siendo reeditadas de forma continuada desde que fueron publicadas por primera vez en vida de su autor. Podríamos decir que May representa para los alemanes lo que Verne para los franceses o Salgari para los italianos. En España las novelas de Karl May comenzaron a publicarse en 1927, en una edición de Gustavo Gili. Posteriormente, en los años 30, Editorial Molino, especializada en novelas de aventuras, adquirió los derechos de la edición española y comenzó a publicar los primeros títulos, algunos de los cuales aparecieron en plena guerra civil. Parte de la familia Molino, propietaria de la editorial, se exilió en la Argentina, donde aparecieron nuevos títulos de May. Ya de vuelta a España, las ediciones de los años cuarenta alcanzaron un éxito notable, como las de los años cincuenta. La colección aparecida durante los años 60, en cambio, empezó a poner de manifiesto el declive que las lecturas de May tendrán entre los jóvenes, frente a otros autores, del estilo de Enid Blyton. Actualmente May es un autor prácticamente desconocido entre los jóvenes españoles. Por lo que se refiere a las temáticas, los libros de Karl May, escritos todos en primera persona, se sitúan primordialmente en dos escenarios geográficos: el Oeste americano y el Próximo Oriente. La Editorial Molino en los años 60 publicó una treintena de libros basados en las aventuras de aquellos pioneros que abrieron el Oeste a la civilización blanca y ensalza la civilización india de una manera como hasta aquel entonces (finales siglo XIX, principios del XX) no había sido tratada. Aquí están reunidas cuatro de sus novelas que corresponden a la parte final de la vida de su principal héroe, el indio Winnetou.



Karl May

En la Boca del Lobo

- 1.— LOS SALTEADORES DE TRENES.
- 2.— EN LA BOCA DEL LOBO.
- 3.— LA MUERTE DEL HÉROE.
- 4.— EL TESTAMENTO DE WINNETOU.

LOS SALTEADORES DE TRENES

CAPÍTULO PRIMERO

UN CAZADOR DE INDIOS

Desde las primeras horas de la mañana había andado gran trecho de camino y me sentía algo cansado y molesto por los ardientes rayos del sol, que se hallaba en el cenit. Determiné, por tanto, hacer alto y comer. La pampa se extendía formando una ondulación tras otra, hasta parecer inacabable.

Cinco días hacía que nuestra caravana había sido disuelta y esparcida por un numeroso grupo de indios oguelalás, y como desde entonces no había vuelto a ver un animal digno de mención ni observado huella alguna humana, experimentaba ya la nostalgia de algún ser racional con quien poder comprobar si había enmudecido o no a consecuencia de tan prolongado silencio.

Allí no había arroyo ni charca alguna, como tampoco selva o maleza de ninguna clase; así es que no me era difícil la elección, y podía hacer alto donde mejor me pareciera. En tina de las hondonadas que formaban las ondulaciones del terreno eché pie a tierra, trabé mi mustango, cogí mi manta y me subí a la loma para echarme allí un rato. Al caballo lo dejé así en la hondonada para que no fuera descubierto en caso de pasar por las inmediaciones algún enemigo; yo, en cambio, para dominar mejor el terreno, escogí el punto más elevado, donde, echado en el suelo, era difícil que me descubrieran.

Tenía poderosos motivos para adoptar tales precauciones. Habíamos salido una caravana de doce hombres de las orillas del Platte, para bajar hacia Tejas, al Occidente de las Montañas Rocosas. Al mismo tiempo las diferentes tribus de los siux habían salido de sus poblados, con el deseo de tomar venganza de la muerte de algunos de sus guerreros. Aunque lo sabíamos muy bien, pese a nuestra astucia caímos en manos de los indios, y después de un combate duro y sangriento, del cual sólo salimos con vida cinco de los nuestros, tuvimos que dispersarnos por la pampa en todas direcciones.

Como los indios, rigiéndose por nuestras huellas, que no habíamos conseguido borrar del todo, habían colegido perfectamente que nos habíamos encaminado hacia el Sur, era de presumir, casi con seguridad absoluta, que nos seguirían. Tratábase, pues, de estar alerta, para no dormimos una noche envueltos en una manta y despertar desollados en los *eternos casaderos*.

Yo me eché, repito, en el suelo, saqué un trozo de tasajo de bisonte, a falta de sal lo sazoné con pólvora, y traté a dentelladas de ponerlo en condiciones que hicieran posible la penetración en mi estómago de aquella sustancia correosa y resistente. Luego saqué un cigarro de mi autofabricación, lo encendí por medio del *punks* y empecé a echar humo con la satisfacción de un plantador de tabaco de Virginia que fumase las hojas del mejor *goose-foot* elaborado con guantes de cabritilla.

No haría mucho que estaba echado, cuando, al volver casualmente la cabeza, observé en el horizonte un bulto que se acercaba a mí, trazando un ángulo agudo con la dirección que yo había traído. Yo me escurrí loma abajo hasta dejar oculto todo mi cuerpo, y me quedé contemplando la aparición, en la que paulatinamente pude conocer a un jinete, que, a estilo indio, se echaba completamente sobre el cuello de su caballo.

Al descubrirlo yo debía de hallarse a dos kilómetros y medio de donde yo estaba. Su caballo iba a paso tan lento que casi necesitó media hora para recorrer dos tercios de la distancia. Miré entonces en lontananza y observé con gran sorpresa otros cuatro bultos que avanzaban siguiendo el rastro del anterior. Esto me llamó poderosamente la atención. El primero era un blanco, según pude comprender por su traje al hallarse cerca de mí. ¿Serían los demás indios, que le perseguían? Saqué inmediatamente mi antejo, y en efecto, no me había equivocado; los lentes me permitieron

ver con toda claridad, por sus armas y su tatuaje, que eran oguelalás, o sea que pertenecían a la tribu más sanguinaria y cruel de los siux. Iban admirablemente montados, al paso que el caballo del blanco parecía ser animal de poco valor. Su jinete se había acercado tanto que ya podía yo distinguir el pormenor más insignificante de su persona y montura.

Observé que era de pequeña estatura, seco y delgado, y llevaba en la cabeza un viejo sombrero de fieltro, desprovisto en absoluto de alas, circunstancia que nada tiene de extraordinario en la pampa, pero que en aquel caso había de chocarme mucho. Además, aquel hombre carecía de orejas: el sitio que éstas debían ocupar daba señales de una violencia terrible, pues indicaba indudablemente que le habían sido cortadas. De los hombros llevaba colgando una manta enorme, que le cubría todo el tronco y que apenas dejaba ver las delgadas piernas, ocultas en unas botas tan extrañas, que habrían sido objeto de risa y admiración en Europa. En efecto, se componían de esa especie de calzado que se procuran y usan los gauchos de la América del Sur y que describiré aquí sucintamente; se les quita la piel a las dos patas de un caballo sin herrar, en la cual, mientras está aún caliente, se introduce la pierna, dejando que se enfríe en tal posición. La piel se adapta estrecha y apretadamente al pie y a la pierna, y forma así un excelente calzado que tiene la propiedad de hacerle caminar a uno sobre la propia planta. De la silla pendía un objeto que tenía las pretensiones de rifle. Su montura era una yegua alta de remos, o mejor dicho, de patas de camello, que carecía en absoluto de cola; su cabeza era de tamaño deforme y sus orejas tenían tal longitud que asustaban. El animal parecía estar compuesto de distintas partes de caballo, burro y dromedario, y durante la carrera inclinaba al suelo la cabeza, dejando colgar las orejas hacia abajo, a la manera de los perros de Terranova, como si le pesaran con exceso.

En otras circunstancias, o si hubiera sido yo un novato, tanto el jinete como su montura habrían despertado mi hilaridad; pero a mí, a pesar de su extraño aspecto, me pareció el viajero uno de aquellos *westmen* que hay que conocer para apreciarlos en su justo valor. El blanco parecía ignorar que le siguieran cuatro de los enemigos más terribles del cazador de las pampas, pues de otra manera no habría seguido su camino tan tranquilo y despreocupado, o habría vuelto la cabeza para echar alguna mirada a sus perseguidores.

Ya estaba a unos cien pasos de mí, y había entrado en mis huellas; y no puedo decir quién las encontró primero, si él o su yegua, pero vi claramente CRIC ésta se detuvo de pronto, inclinó más todavía la cabeza al suelo, miró de reojo las pisadas de mi mustango y empezó acto continuo a mover las largas orejas, que bajaban o subían, se echaban atrás o adelante hasta producir la impresión de que tina mano invisible las estuviera destornillando de la cabeza. El jinete hizo ademán de desmontar para examinar de cerca mis huellas, operación en la cual habría perdido inútilmente un tiempo precioso, y así yo me adelanté a evitarlo, gritándole:

—¡Eh, buen hombre, siga hacia abajo; pero acercándose aquí!

Yo había cambiado de postura con objeto de hacerme visible al viajero. También la yegua estiró las orejas hacia adelante para recoger mi llamada como si fuera una pelota, y al mismo tiempo sacudió afanosamente el corto y desnudo maslo.

—¡Hola, *máster*! — contestó el interpelado. — Tenga usted cuidado con la voz y no chille como si le mataran, que en este prado no se sabe a punto lijo si hay o no orejas ocultas que no conviene que se enteren de lo que se habla. Adelante, Tony.

La yegua puso entonces en movimiento sus inconmensurables remos y se detuvo de nuevo ante mi mustango, al que después de lanzar una mirada altanera y maliciosa, volvió aquella parte del cuerpo que en los barcos se llama popa. En efecto, parecía ser de aquella especie de caballerías — tan frecuente en la pampa — que viven exclusivamente para su dueño y se muestran para todo el resto de la creación tan rebeldes y ariscas que nadie más que él puede servirse de ellas.

—Sé muy bien el diapasón de voz que conviene — contesté yo; —pero, dígame: ¿de dónde viene usted y adónde va, *máster*?

—Esto no le importa a usted maldita la cosa — respondió el jinete.

—¿Le parece a usted? No es usted exageradamente cortés, y estoy dispuesto a decírselo a usted por escrito, aunque sólo hemos hablado dos palabras. Mas he de confesarle a usted ingenuamente que estoy acostumbrado a que me contesten cuando pregunto.

—¡Vaya, vaya! Al parecer es usted caballero de alto copete — respondió con mirada desdeñosa. —Por eso me apresuro a contestarle a usted debidamente.

Y haciendo un ademán hacia atrás y hacia adelante, añadió:

—Vengo de allí y voy allá.

El hombre aquel empezaba a agradarme. Seguramente me tenía por un cazador dominguero, que andaba perdido. El *westman* legítimo no da importancia alguna a lo exterior, pues más bien siente una antipatía profunda y manifiesta hacia todo lo que significa aseo. El que vaga años seguidos por el agreste Occidente no es por su pergeño presentable en los salones, y tiene a todo el que viste con decencia por un *greenbill* incapaz de nada bueno. Yo me había provisto en Fort-Wilkens de ropa nueva, y estaba acostumbrado a llevar siempre mis armas limpias y relucientes, dos circunstancias poco a propósito para que un corredor pampero me considerara como un *westman*. Por eso no me molestó la actitud del hambrecillo, y haciendo el mismo ademán que él, observé:

—Pues dése usted prisa en llegar allá; pero cuidando de que no le atrapen los cuatro rojos que le vienen pisando los talones y que no habrá usted visto siquiera, ¿no es verdad?

Fijó en mí sus ojillos claros y penetrantes, con una mirada que tenía tanto de asombro como de guasa y repuso:

—¡Ji, ji, ji! ¡Cuatro indios detrás de mí sin que yo los vea! Me parece, por ejemplo, que es usted un ente singular. Esos infelices me vienen siguiendo desde esta mañana temprano con la lengua fuera. Yo no necesito mirarlos porque conozco demasiado el modo de operar de esos caballeros rojos. Mientras sea de día se mantendrán a honesta distancia para espiar luego el refugio que yo elija para la noche. Pero se van a llevar chasco, por ejemplo, porque voy a trazar a su alrededor un arco eme me los ponga delante, convirtiéndome de perseguido en perseguidor. Hasta ahora no había encontrado terreno a propósito para el experimento, pero entre estas ondulaciones la cosa es lo más fácil del mundo; y si quiere usted ver y aprender cómo se las arregla un viejo *westman* para atrapar *redmen* (hombres rojos), quédese aquí unos minutos y disfrutará de un espectáculo delicioso. Lo más probable, sin embargo, será que se largue usted más que de prisa, pues a los hombres de la clase de usted les hace poquísima gracia respirar el tufillo que despiden los indios. *Come on* (vamos), Tony.

Y sin hacerme más caso, la yegua echó a andar y al cabo de un minuto había desaparecido con su famoso jinete, por entre los declives del terreno.

Su plan me era perfectamente conocido, y yo habría hecho lo mismo en su lugar. Iba a describir un arco que le colocara a espaldas de sus perseguidores antes que éstos pudieran darse cuenta de su táctica. Para conseguirlo se veía precisado a mantenerse oculto en las hondonadas, y mejor que ponerse a espaldas de sus perseguidores era recortar algo el arco a fin de que aquéllos pasaran junto a él. Hasta entonces lo habían espiado los indios a su sabor, sin perderle de vista, y por lo tanto sabían perfectamente la distancia que los separaba, y no podían sospechar que le tuvieran tan cerca.

Eran cuatro contra uno, y cabía la probabilidad de que yo mismo tuviera que hacer uso de las armas. Examiné y preparé cuidadosamente mis rifles y esperé el curso de los acontecimientos.

Los indios se acercaban rápidamente, siempre en fila, y ya iban a llegar al sitio en que mis propias huellas se juntaban con las del pequeño desorejado, cuando el que iba a la cabeza detuvo su caballo y se volvió a sus compañeros, extrañando al parecer haber perdido de vista al perseguido blanco. Los demás se acercaron a él, celebrando una breve conferencia, durante la cual formaron un apretado grupo. Una bala de mi mataosos los habría llenado de pánico; pero no fue preciso, porque sonó un tiro, luego otro y dos indios cayeron muertos del caballo, y al mismo tiempo sonó un grito de triunfo: ¡*O-ji-ji-jiiii!* — sonido gutural con que suelen entonar los indios su canto de guerra.

Pero no era indio el que lo profería, sino el pequeño cazador, que asomaba por una hondonada próxima. Había ejecutado su propósito desapareciendo detrás y reapareciendo delante de mí. Hizo como si pretendiera huir después de soltar los dos tiros, e incluso su yegua pareció transformarse en un ser distinto, pues alargaba las patas machucando el césped, llevaba las orejas aguzadas de entusiasmo y la cabeza soberbiamente engallada y todos los músculos y tendones de su cuerpo parecían estar en tensión, formando con el jinete un solo ser: un centauro. El hambrecillo levantó su rifle y lo cargó con tal seguridad durante la carrera a galope tendido, que demostraba claramente no ser aquella la primera vez que se veía en tales lances.

A su espalda sonaron dos tiros, disparados por los dos indios que quedaron ilesos, pero no hicieron blanco. Los rojos, lanzando aullidos de rabia, empuñaron sus *tomahawks* y partieron a escape tras el agresor. Este no se había dignado siquiera mirarlos; pero en cuanto hubo cargado el

rifle, volvió su montura, que parecía estar completamente de acuerdo con su amo, pues se detuvo en seco, se estiró y quedó inmóvil como un bloque. El jinete se echó el arma a la cara y apuntó. Acto continuo salieron dos fogonazos, sin que la yegua se estremeciese siquiera, y los dos indios se desplomaron con la cabeza atravesada por las balas.

Yo seguía con mis armas preparadas, pero sin disparar, puesto que el hombrecillo no necesitaba de mi ayuda, ya que en aquel momento desmontaba para examinar a sus víctimas. Me acerqué a él y al verme preguntó:

—Ahora, por ejemplo, sabrá usted cómo se da la vuelta a estos canallas rojos ¿eh?

- *Thank you* (Gracias), *máster*. Ya he visto que con usted se puede aprender mucho.

Mi sonrisa debió de parecerle algo dudosa, porque mirándome de un modo penetrante, observó:

—¿Acaso se le habría ocurrido a usted algo semejante?

—No creo que la vuelta fuese de absoluta necesidad. En un terreno como éste, en que las hondonadas que forman las ondulaciones le ponen a uno a cubierto de las miradas, para esquivar a otro basta tomar un gran avance y luego retroceder por las propias huellas. La vuelta es mucho más apropiada para la pampa abierta y llana.

—¡Diablo! ¿Dónde ha averiguado usted tantas cosas? A todo esto ¿quién es usted?

—Un hombre que escribe libros.

—¿Usted escribe... libros?

Y al decir esto retrocedió un paso, poniendo una cara entre meditabunda y compasiva, mientras decía, llevándose un dedo a la sien para que no me quedara duda respecto de la enfermedad a que aludía:

—¿Está usted enfermo, *sir*?

—No — contesté yo.

—¿Que no? Pues entonces le entenderá a usted el oso de la selva, porque yo no le entiendo a usted ni pizca. Yo, cuando mato un bisonte, lo hago por comer. ¿Qué motivos tiene usted para escribir sus libros?

—Los escribo para que el público los lea.

- *Sir*, no se enoje usted; pero ese es el disparate mayor que puede hacerse. El que tenga ganas de leer que se escriba sus propios libros. Esto, por ejemplo, lo comprenderá hasta un niño de teta. Yo no salgo de caza para dar de comer a otros... ¡Vaya, vaya! ¿Conque es usted un *book-maker*? Pero en tal caso ¿a qué viene usted a la pampa? ¿Viene usted, por ejemplo, a escribir libros aquí?

—No, señor: los escribiré cuando haya regresado a mi país, y en ellos referiré todo lo que he visto y oído en estas tierras; y la gente lo leerá y sabrá entonces lo que ocurre en la pampa, sin tener necesidad de venir a verlo en persona.

—¿Entonces en esos libros hablará usted de mí?

—¡Claro está!

El pampero dio un salto atrás, y dos hacia adelante, como si me embistiera, echó mano a su cuchillo de monté y me agarró del brazo, diciendo:

- *Sir*, ahí tiene usted su caballo; monte en él y lárguese más que de prisa, si no quiere usted que le meta unas pulgadas de acero en las costillas. ¿De modo que en presencia de usted no se puede decir una palabra ni mover un dedo sin que todo el mundo se entere? ¡Que le lleven a usted los demonios, y cuanto antes!

El hombrecillo aquel apenas me llegaba al hombro. Sin embargo hablaba en serio, lo cual me hacía reír interiormente, aunque procuraba que él no lo notara.

—Yo le prometo hablar bien de usted — observé.

—¡Váyase, váyase! Ya se lo he dicho y no quiero repetirlo.

—Pues bien, le doy a usted mi palabra de que no le mentaré a usted una vez siquiera.

—No vale; el que se sienta a escribir libros para que los lea la gente, está loco de remate y no merece crédito. Conque, largo de aquí, buen mozo, no sea que me vaya, por ejemplo, a pasar la bilis a los dedos y hagan éstos algo que le pese a usted.

—¿Qué sería ello?

—Ya lo vería usted.

Sonriendo le miré a la cara, descompuesta por la cólera y le dije con la mayor tranquilidad:

—Vaya: veamos qué es eso.

—Mírelo. ¿Le gusta a usted esta hoja de acero?

—No es mala, como le probaré a usted en seguida.

Al decir esto le eché los dos brazos hacia atrás, le metí entre ellos y la espalda mi brazo izquierdo, le estreché fuertemente contra mí y le apreté la muñeca con la mano derecha, hasta hacerle soltar el cuchillo exhalando un grito de dolor. Aquel ataque inesperado había dejado tan perplejo al hombrecillo que la correa de mi bolsa de municiones le sujetaba ya las manos a la espalda y él no había hecho todavía la menor resistencia.

- ¡*All devils!* — exclamó. —¿Qué mosca le ha picado a usted? ¿Qué pretende usted de mí, por ejemplo?

—¡Ojo, *máster!* "Tenga usted cuidado con la voz y no chille como si le mataran, que en este prado no se sabe a punto fijo si hay o no orejas ocultas que no conviene que se enteren de lo que se habla".

Y de pronto le solté, después de apoderarme rápidamente del cuchillo y del rifle, que él había soltado para ir a ver a los muertos. Hizo el pampero esfuerzos inauditos por desasirse, lo cual le agolpó toda la sangre a la cabeza, pero sin vencer la resistencia de la correa.

—No se esfuerce usted, *máster*, pues no se verá usted libre hasta que yo quiera — le dije. — Se trata solamente de demostrarle a usted que hay *book-makers* acostumbrados a contestar a la gente en el tono en que se les pregunta. Ha sacado el cuchillo contra mí, sin que yo le haya ofendido ni perjudicado en lo más mínimo, y por ello queda usted sujeto a las leyes de la pampa, o sea que desde ahora puedo hacer de usted lo que se me antoje. Nadie podrá reprocharme la muerte de usted si me da la ocurrencia de meterle este acero por las costillas, como usted pretendía hacerlo conmigo hace un momento.

—¡Duro y a ello! — contestó el pampero sombríamente. — Estoy muy conforme con que me mate usted, pues la vergüenza de haber sido dominado por un solo hombre y a la luz del día, sin haberle dado a probar mis armas, es cosa que no puede soportar *Sansear*.

—¿*Sansear*? ¿Es usted *Sansear*?— exclamé.

Yo había oído hablar mucho, muchísimo de aquel famoso *westman*, a quien nadie había visto jamás en compañía de otro, porque a ninguno lo juzgaba digno de tenerlo a su lado. Hacía años los indios navajos le habían cortado las orejas, y desde entonces llevaba aquel extraño nombre, compuesto de dos lenguas distintas², de *Sin oreja* o *Desorejado*, con que era conocido en todo el Oeste y aun más allá.

No contestó a mi pregunta y sólo cuando insistí en ella, replicó:

—Mi nombre no le importa a usted nada, pues si es malo no merece que lo pronuncie, y si es bueno merece que lo preserve de mi deshonra actual.

Yo me acerqué entonces y corté sus ligaduras, diciendo:

—Aquí tiene usted su cuchillo y su rifle. Es usted libre; váyase donde quiera.

—No se burle usted. ¿Puedo dejar aquí la vergüenza de haber sido vencido por un *greenhorn*? Si se tratara de un hombre cabal, como *Winnetou*, el apache, o el largo *Haller*, o un explorador como *Old Firehand* u *Old Shatterhand*, todavía pasaría por ello...

El viejo me dio lástima. Mi golpe le había llegado al alma y yo me alegré de poder consolarle, pues acababa de nombrarme con el apodo con que era conocido tanto en los campamentos de los blancos como en los *wigwams* de los indios.

—¿Un *greenhorn* dice usted?-observé yo. — ¿Cree usted que un novato es capaz de hacerle tamaña jugarreta al valiente *Sansear*?

—¿Pues qué otra cosa es usted? ¡Si va usted tan pulido que parece que sale de una sastrería, y sus armas brillan y relucen como las que se llevan a un baile de máscaras!

—Pues ahora verá usted si son buenas. ¡Atención!

Y cogiendo una piedra que presentaba una superficie como del doble de un dólar de plata, la tiré a lo alto, me eché el rifle a la cara, y en el momento en que las fuerzas del lanzamiento y de la atracción llegaban al equilibrio y en que el canto parecía flotar inmóvil en el espacio, disparé y la bala lo tocó lanzándole aún más arriba.

Yo había ejercitado este tiro centenares de veces hasta conseguir hacer blanco, y no era tampoco ningún golpe maestro; pero el hombrecillo me miró con unos ojos en que casi me pareció leer la consternación.

- ¡*Heavens!* ¡Qué tiro! ¿Hace usted blanco siempre?

—De veinte veces diecinueve.

—Entonces es usted de los que hay que buscar con candil. ¿Cuál es, por ejemplo, su nombre?

—Old Shatterhand.

—¡Imposible! Old Shatterhand debe de ser mucho más viejo que usted, pues si no, no le apodarían así.

—Olvida usted que la palabra Old no siempre se usa en sentido de la edad.

—En efecto; pero no eche usted a mala parte lo que voy a decirle. Sé que Old Shatterhand estuvo una vez debajo de un oso gris, que le sorprendió durmiendo y le arrancó toda la carne desde el hombro hasta más abajo de las costillas. Logró reponer en su sitio la tira de solomillo; pero la cicatriz, por ejemplo, debe de estar aún muy visible.

Yo me desabroché la zamarra de piel de bisonte y la camisa blanca de piel de ciervo que llevaba debajo y le dije:

—Mire usted.

—¡Diablo, cómo le puso a usted esa fiera! ¡Debió de dejarle a usted al aire las sesenta y ocho costillas!

—Casi, casi. Ello ocurrió a orillas del Red-River, y con tan tremenda desgarradura permanecí dos semanas enteras tendido junto a mi enemigo, sin auxilio de nadie, hasta que me encontró Winnetou, el cacique apache, cuyo nombre ha pronunciado usted hace un momento.

—De modo que es usted Old Shatterhand en cuerpo y alma... Pues bien, voy a decirle a usted una cosa: ¿me tiene usted, por ejemplo, por tonto de capirote?

—No, señor. Ha padecido usted únicamente el error de tenerme a mí por un *greenhorn*, y nada más. De un novato no podía usted esperar semejante ataque. Sansear sólo puede ser vencido por sorpresa.

—¡Oh! Con usted, al parecer, no se necesita ese requisito siquiera. Habrá pocos hombres que posean esa fuerza de bisonte; y, la verdad, no considero ya deshonroso haber sido vencido por usted. Mi verdadero nombre es Sam Hawerfield; y si quiere usted hacerme un favor, llámeme Sam a secas.

—A condición de que usted me llame Charley, como los demás amigos míos. Ahí va mi mano.

—Chóquela, y sea como usted dice, *sir*. El viejo Sam no es de los que dan la mano al primero que llega, pero la de usted la estrecho con placer. Le suplico, sin embargo, que me trate usted con indulgencia para no hacerme los dedos en papilla; me son aún muy necesarios.

—No tema usted, Sam. La mano de usted me ha de prestar muy buenos servicios, así como la mía está igualmente dispuesta a servirle a usted en lo que pueda. Pero ahora me permitirá usted que insista en mi primera pregunta. ¿De dónde viene usted y adónde va?

—Vengo directamente del Canadá, donde he hecho compañía a unos *lumberstrickers* (leñadores), y ahora, por ejemplo, me encamino a Tejas y a Méjico, donde dicen que campean los granujas, hasta el punto de que da gusto pensar en los balazos y cuchilladas que le aguardan a uno.

—Pues llevamos el mismo camino. También yo tengo el propósito de darme una vuelta por tierras de Tejas y California, y ver si echo un vistazo a Méjico, si me permite usted ir en su compañía.

—Mucho que sí, y con verdadero gusto. Ya ha estado usted en el Sur y es usted el hombre que necesito. Pero dígame usted ahora formalmente: ¿de veras hace usted libros?

—¡Palabra!

—¡Hum! Pues si Old Shatterhand se dedica a eso no será cosa tan mala como yo me figuraba; mas le advierto a usted que prefiero caer de espaldas, y por sorpresa, en la caverna de un oso, que meter la pluma en un tintero, pues de seguro que aunque me anegara en tinta no lograría poner una sola palabra en el papel. Pero, dígame usted: ¿cómo están aquí estos demonios de indios? ¿Son oguelalás, de los cuales hay que guardarse como del diablo?

Yo le referí lo que sabía.

—¡Hum! — observó Sam. — En tal caso no conviene que echemos raíces aquí, pues yo topé ayer con una pista de gran respeto. Figúrese usted que conté las huellas de sesenta caballos, por lo menos. Los cuatro gañanes que acabo de despachar debían de pertenecer a esa tropa, y fueron seguramente enviados a patrullar. ¿Había usted estado aquí alguna otra vez?

—Nunca.

—Pues sepa usted que a veinte millas al Oeste la pampa es absolutamente llana, y diez millas más allá hay agua; y allí se habrán retirado los indios para abrevar sus caballerías. Nosotros esquivaremos su encuentro, como es natural, y nos dirigiremos en línea recta al Sur, aunque hasta

mañana por la tarde no encontraremos agua. Si partimos en seguida, esta noche llegaremos a la vía férrea que han construido desde los Estados Unidos del Este hasta las tierras de Occidente, y si acertamos con el momento oportuno podremos darnos el gustazo de ver pasar un tren ante nuestras narices.

—Estoy dispuesto a partir cuando usted quiera. Pero ¿qué hacemos de esos cadáveres?

—Poca cosa. Después de desorejarlos, los dejaremos donde están.

—Debiéramos enterrarlos, porque si los encuentran sus compañeros delatarán nuestra presencia por estos parajes.

—Eso es lo que yo quiero; que los encuentren.

Cogió uno a uno los cadáveres, fue arrastrándolos hasta la loma que formaba la ondulación del terreno, los colocó uno al lado del otro, y les cortó las orejas, que les metió en las palmas de las manos.

—Ya estamos listos, Charley —me dijo. — Sus compañeros los encontrarán y sabrán en seguida que por aquí ha pasado Sansear. Le aseguro a usted que es una sensación muy desagradable, cuando en invierno llega la época de enfriarse a uno las orejas y no se las encuentra uno. Yo cometí la torpeza de dejarme atrapar por los rojos. Había matado a muchos; pero tuve la desgracia de cortarle a uno una oreja, en lugar de dejarle en el sitio, como era mi deseo, y en pago de esa falta de habilidad, y para mayor escarnio mío, mis verdugos me cortaron mis dos orejas antes de rematarme. Las dos quedaron en su poder; pero el cuero cabelludo no, porque Sam logró escabullirse antes de recibir el golpe fatal. A cambio de mis orejas vea usted las vidas con que me he cobrado.

Y enseñándome el rifle, señaló las muchas muescas que en él había, y añadió:

—Cada muesca significa un indio menos; ahora me falta apuntar los de hoy.

Hizo con el cuchillo cuatro marcas en la escopeta y prosiguió:

—Estos son rojos; pero aquí arriba hay también las marcas de ocho blancos, que han ido "apagando" mis balas: ya le diré a usted por qué. Todavía me faltan dos, padre e hijo, que son los canallas más grandes que hay en la tierra. En cuanto haya acabado con ellos habrá dado fin mi jornada.

Sus ojos se humedecieron, y por su sombrío rostro pasó una expresión de ternura que me hizo comprender que el corazón del viejo cazador también había hecho valer sus derechos. Acaso fuera como tantos otros a quienes el dolor o la venganza habían precipitado a la dura vida de la pampa, pues el verdadero cazador de aquellos páramos no se preocupa poco ni mucho por la sublime ley que manda *amar a nuestros enemigos*.

Sam había vuelto a cargar su escopeta, una de aquellas terribles armas de fuego que sólo se ven en la pampa. La caja de aquella arma había perdido su primitiva configuración, pues en ella un corte sucedía a otro, una señal a otra señal; y cada uno recordaba la muerte de un enemigo. El cañón, cubierto de una capa de herrumbre, parecía haberse doblado, y no había nadie, fuera de su dueño, capaz de hacer un blanco aproximado; pero en sus manos era infalible. En efecto, el pampero se ejercita con su arma durante toda su vida, conoce sus excelencias y sus defectos, y cuando coloca el proyectil sobre la pólvora es capaz de apostar la vida y la eterna salvación a que donde ponga el ojo pondrá la bala.

—¡Tony! —gritó el hombrecillo.

La yegua, que estaba paciando allí cerca, acudió corriendo a su llamada y se colocó de un modo tan cómodo para Sansear, que éste, con sólo levantar la pierna, se halló en la silla.

—Sam, tiene usted una montura extraordinaria — exclamé yo. —A quien la vea por primera vez no se le ocurrirá ofrecer por ese animal ni un mal peso; pero cuando se le conoce mejor se comprende que no se desprendería usted de él ni por un millar de *sovereigns*.

—¡Un millar! ¡Bah! A i por un millón lo daría. Además, conozco yo en las Montañas Rocosas filones que dan el oro a paletadas, y el día que Sam Hawerfield encuentre un hombre que lo merezca y a quien pueda querer de corazón, le enseñará dónde se encuentran estos tesoros. Por eso comprenderá usted que por dinero no necesitaré dar a mi Tony. Sólo debo advertirle a usted, Charley, que este a quien llaman ahora Sansear era en otro tiempo un ser muy distinto, tan lleno de alegría y felicidad, como lo está el día de luz y el mar de agua. Fue un joven colono y tenía una esposa por quien habría dado mil veces la vida, y un hijo por quien habría derramado diez mil veces hasta la última gota de su sangre. Se llevó a su mujer a la hacienda a la grupa de la mejor yegua de su yeguada, que se llamaba Tony, y cuando andando el tiempo la yegua tuvo una potranca tan lista y

cariñosa como su madre, le dimos el mismo nombre. ¿No era de razón, Charley?

—Naturalmente — le contesté conmovido por la ingenua candidez que surgía tan inesperadamente de la tosca envoltura de aquel hombre extraño.

—Bien. En esto llegaron esos diez blancos que le he dicho; eran una banda de *bushheaders* (merodeadores) que tenía atemorizada a la comarca. Me incendiaron y saquearon la hacienda, asesinaron a mi mujer y a mi hijo, mataron a la yegua, que no admitía más jinete que a su amo, y solamente logró salvarse la potranca, porque por casualidad se había extraviado. Al volver de caza la encontré como único testigo de mi pasada ventura. Es inútil añadir más. Ocho de los salteadores han caído bajo mi mano vengadora, atravesados por las balas de este rifle. Los dos que faltan caerán lo mismo, porque una vez que Sansear ha dado con una pista no la suelta ya, aunque vaya a esconderse entre los mismos mongoles. Conque ya sabe usted lo que me lleva a Tejas y Méjico. El joven y alegre labrador se ha convertido en un corredor de la pampa, sombrío y huraño, que sólo sueña con sangre y fuego, y la potranca se ha convertido en un ser que tiene más parecido con un carnero que con un caballo decente; pero los dos continúan valientes y decididos, y así continuarán hasta que los acierte una flecha envenenada, o una la traidora, o un *tomahawk*, indio, para dar al traste con uno de los dos. El que quede, sea el jinete o la yegua, morirá de pena y de nostalgia tras el compañero.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

